

Jacinto Sarrasí y Colás (1816-1899), maestro de maestros

Fermín Ezpeleta Aguilar*

RESUMEN. En este artículo se analiza el perfil profesional y humano de Jacinto Sarrasí y Colás (Santa Eulalia del Campo, 1816- Madrid, 1899), director de La Escuela Central Normal de Maestros durante buena parte de la mitad del siglo XIX. Los datos de archivo, las semblanzas de la prensa profesional y los testimonios de alguno de sus alumnos sirven de base para la valoración de esta figura de la pedagogía española.

ABSTRACT. This article analyzes the professional and human profile of Jacinto Sarrasí y Colás (Santa Eulalia del Campo, 1816-Madrid, 1899), director of The Normal School of Teachers for much of the 19th century. The archive data, the illustrations of the professional press and the testimonies of some students serve as a basis for the evaluation of this figure of Spanish pedagogy.

* Universidad de Zaragoza.



— Don Jacinto Sarrasí y Colás —

Literatura pedagógica turolense

Uno de los valores que presenta la cultura turolense es el de su relevante tradición pedagógica. Esta queda plasmada tanto en producciones escritas como en enteros proyectos vitales entregados a la causa de la educación. La prensa profesional del magisterio de la provincia, tan vigorosa en la segunda mitad del siglo XIX y en los primeros decenios del XX, se hace eco no pocas veces de toda esta tradición ejemplificada en una sucesión de personas que componen una auténtica historia de las ideas pedagógicas.

Algunos autores, en el siglo XVI, elevan al máximo nivel el humanismo latino renacentista como sucede con el foco de Alcañiz, de donde surgen escritores pedagogos como Lorenzo Palmireno, con su *Retórica* o su *El latino de repente*; u otros humanistas como Juan Sobrarias, Pedro Ruiz de Moros, Bernardino Gómez Miedes o Domingo Andrés¹. Otros, en el siglo XVII, imprimen a su obra fuerte contenido doctrinal católico, como ocurre con el jesuita Jerónimo Ripalda en el conocido *Catecismo de la doctrina cristiana*²; o en el siglo XVIII, en el caso del prepósito general de la Orden calasancia, Cayetano Ramo, con su *Explicación de la doctrina cristiana*³. El mismo siglo XVIII ve la obra de Andrés Piquer⁴, con títulos impregnados de original contenido pedagógico como es la *Filosofía moral para la juventud española*.

El siglo XIX se inicia con la aportación de Isidoro de Antillón (1778-1814)⁵, quien difícilmente puede sustraerse a un logos pedagógico que gobierna su rica y variada producción, con el añadido de abrir brecha en el campo de los estudios científicos, tal como se ejemplifica, entre otros libros, en sus *Lecciones de Geografía astronómica, natural y física*. En fin, ese mismo siglo es testigo de la vida y la obra de un hombre de gran cultura como fue el autor de *Arte latino y Literatura griega*, Braulio Foz⁶, natural de Fórnoles, quien cultivó además con éxito la literatura de creación con la novela pedagógica *Vida de Pedro Saputo*, de 1844.

(1) Ver para la valoración de la aportación a la pedagogía de este grupo de humanistas la monografía de Andrés Gallego Barnés (1990).

(2) De esta obra se hicieron innumerables ediciones hasta el punto de que el apellido del autor da directamente el nombre al libro.

(3) Cayetano Ramo de San Juan Bautista (Lechago, 1713-Zaragoza, 1785) fue rector escolapio y profesor de Latín, Filosofía y Teología en colegios. Es autor también de otro muy un conocido catecismo. Ver José María Jaime Lorén y José Jaime Gómez, (1997: 111-126).

(4) Don Andrés Piquer y Arrufat (Fórnoles, Teruel, 1711-Madrid, 1772) fue catedrático de Medicina, médico de Cámara, filósofo y escritor. Escribió tratados de Física, de Medicina y de Filosofía Moral.

(5) Para la actualización bibliográfica de Isidoro de Antillón, ver el monográfico reciente dedicado a su figura editado por la revista *Teruel* (2014-2015), nº 95-96 (II).

(6) Braulio Foz (1791-1865) fue publicista, autor de creación y catedrático de Griego en la Universidad de Zaragoza. Escribió más de medio centenar de obras de temática variada. Relevantes fueron las dedicadas a la enseñanza de las lenguas clásicas.

El impulso dado a la pedagogía a través de la creación de las Escuelas Normales en las distintas provincias españolas y los efectos producidos en educación tras la promulgación de la Ley Moyano en 1857 favorecen el desarrollo de la reflexión educativa en la provincia turolense, tal como se corrobora al hacer el repaso de los maestros pedagogos de diferente perfil que dieron a las prensas sus obras; que dinamizaron el género periodístico profesional del magisterio (Miguel Vallés y Rebullida⁷), o bien que ejercieron la profesión docente diaria asumiendo además responsabilidades importantes de gestión. Entre los profesores de distintos niveles que impulsaron en ese periodo la reflexión pedagógica pueden señalarse nombres como el del calandino Julián Pastor y Alvira⁸, Joaquín Arnau Ibáñez⁹ o Julián López Catalán¹⁰, aparte otros muchos maestros que supieron personalizar en sus obras una manera de entender la enseñanza. A todos estos nombres, y a la altura de 1927, el profesor turolense de la Escuela Normal de Maestros de Zaragoza, Manuel Casas y Sánchez, añade algunos otros que, en conjunto, componen un canon de la literatura pedagógica turolense¹¹, y que estaría formado, junto con los citados anteriormente, por el gramático y literato Gregorio Boil y Valero, de Teruel, autor de *Fragmentos gramaticales*; Pedro Antonio Fernández Lahoz, de Albarracín, poeta y autor de *Repaso de doctrina moral*; Pascual Vicente, de El Campillo, autor del poema en odas e himnos para instrucción de la juventud, *Principios, doctrina y práctica de la religión católica*; Miguel Cortés, de Camarena, autor de un *Catecismo cristiano para niños y rudos*; Joaquín Escriche, de Caminreal, autor de *Elementos de derecho patrio*.

Entre los maestros de la segunda mitad del siglo XIX que mostraron una fuerte vocación pedagógica, autenticada en libros de cierta relevancia, menciona Manuel Casas los nombres de Pedro Pablo Vicente, de Sarrión; Pablo Feded, de Aliaga; Francisco Garcés de Marcilla, Pedro Enaguilla y Vicente Alcocer, los tres de Alcañiz; Antonio C. Aparicio, de Sarrión; Felipe Navarro e Izquierdo, de Alcalá de la Selva; José Rovira, de Calanda; Pascual Rubio, de Peracense; Alejo Izquierdo, de Cedrillas; Félix Villarroya, de Allepuz; Manuel Feded, de Camarillas; Romualdo Arnal, de Bronchales. Queda incorporado además a esta lista el nombre del controvertido ministro de Fernando VII de la Década Ominosa, Tadeo Calomarde, en tanto que a él se debió el Plan y Reglamento de Escuelas de primeras letras de 1825.

(7) Ver para lo referente a Miguel Vallés, Fermin Ezpeleta (2010).

(8) Julián Pastor Alvira (Calanda, 1820-Madrid, 1893) fue jurista y catedrático de Derecho Romano en las universidades de Zaragoza y Madrid. Ver José Antonio Bielsa Arbiol (2012: 12).

(9) Joaquín Arnau nació en Rubielos de Mora en 1850 y murió en Valencia en 1891. Fue además de escritor, un político republicano que abrazó las ideas de la Institución Libre de Enseñanza. Su libro *Curso de metafísica* suscribe las tesis de Krause.

(10) Pedagogo natural de San Martín del Río (1834-1890), continuador de la obra de Montesino en lo que se refiere a la enseñanza de párvulos. Su escuela de Barcelona fue considerada modélica. Pueden destacarse sus obras *El libro de los párvulos*, *La educación de los sentidos* y *El arte de educar*. Ver José María Jaime Lorén y José Jaime Gómez (1994: 185-211).

(11) Manuel Casas y Sánchez, "Literatura pedagógica turolense", n° 737, *La Asociación. Revista de Primera Enseñanza*, Teruel, 23 de julio de 1927, pp. 1-3.

Jacinto Sarrasí y Colás: un currículum intachable

Otro pedagogo excepcional consignado en el listado propuesto por Manuel Casas y Sánchez es Jacinto Sarrasí y Colás, que fue testigo presencial en su infancia de la quema del cadáver de su paisano, Isidoro de Antillón¹². Nació en Santa Eulalia el 6 de enero de 1816 y murió en Madrid el 10 de julio de 1899 (según semblanza de L. de G., *La Escuela Moderna*, junio de 1900: 477). Una larga vida, pues, consagrada casi en su totalidad, cincuenta y cuatro años como maestro de maestros en la Normal Central, a la causa de la enseñanza en los momentos fundacionales de las Escuelas Normales hasta mayo 1895, año de su jubilación.

La necrológica aparecida en *El Boletín de Primera Enseñanza* de Salamanca deja sentada una primera afirmación comúnmente aceptada por los que lo conocieron: “El Sr. Sarrasí era de una gran cultura intelectual y de una inteligencia clarísima y poco común con profundos conocimientos” (25 de julio de 1899). La semblanza antes señalada de *La Escuela Moderna* atribuye también a este pedagogo esa primera nota en la que van a coincidir los distintos obituarios aparecidos en la prensa profesional tras su fallecimiento: la condición de gran estudioso en todas las ramas del saber, llegando a alcanzar el último grado en Teología, Derecho, Filosofía y Letras, Pedagogía y Ciencias físico-matemáticas. Un conocimiento transversal de raigambre humanista, reflejado en la conferencia pronunciada en Madrid en el marco del ciclo promovido por el Museo Pedagógico, el 24 de mayo de 1888, con el título “Luis Vives como representante de la Pedagogía en el siglo XVI” (Otero Urtaza, 1994: 177). Esta contribución oral se inscribía en los ciclos de conferencias en las que también intervinieron otros participantes relevantes como Juan Valera o Emilia Pardo Bazán, en un curso particularmente fecundo en actividad de extensión cultural promovida por la institución dirigida por Manuel Bartolomé Cossío¹³ (Jiménez-Landi, 1996: 98).

En la misma semblanza aparecida en *La Escuela Moderna* se anotan los datos de su trayectoria académica inicial: ingreso en el Seminario de Teruel en el año 1829, donde “estudió tres cursos de Filosofía y siete de Sagrada Teología” (478) y profesor sustituto de Sagrada Escritura en los momentos en los que el profesor catedrático se encontraba enfermo. En abril de 1841 fue pensionado por la Diputación Provincial

(12) Gascón y Guimbao (1908) señala en su *Relación de escritores de la provincia de Teruel...*, en la voz correspondiente a Jacinto Sarrasí, que este “fue testigo presencial de la quema del cadáver de Antillón en 1823”.

(13) El Museo Pedagógico de Madrid se creó a instancias del ministro liberal Albareda por Decreto Ley de 6 de mayo de 1882. Manuel Bartolomé Cossío fue su primer director y entre los objetivos de la institución figuraba la mejora de la enseñanza, la orientación a los maestros, la contribución al desarrollo intelectual de los niños y el impulso de la industria de construcción de materiales escolares. Quedó instalado en el mismo edificio de la Escuela Normal en la calle de San Bernardo.

de Teruel para cursar estudios en Madrid en la recién inaugurada Escuela Normal Central de Maestros, distinguiéndose por la obtención de las máximas calificaciones, tal como atestigua el merecimiento de *alumno superior*. El expediente profesional de Sarraquí, ordenado por Julia Melcón, sirve para acabar de reconstruir el currículum académico. En el periodo de 1829 a 1836, una vez cursados los estudios de Filosofía y Teología en el Seminario de Huesca, es nombrado catedrático de Filosofía de ese mismo establecimiento docente; terminados los estudios normalistas en Madrid, se le confía la cátedra de Aritmética y Álgebra en la Escuela Superior de Ciencias, dependiente de la Normal Central. Antes, desde noviembre de 1841 ya había adquirido la condición de profesor interino de la misma Normal Central. En efecto, Pablo Montesino¹⁴, el primer director de la Normal Central y representante canónico del liberalismo español del exilio durante la Década Ominosa, impulsa el nombramiento de Sarraquí como profesor interino de Religión y Moral, por tener completos los estudios de Teología y Filosofía en el Seminario, y haber sido además nombrado, como decimos, catedrático de Filosofía en aquel establecimiento docente (Julia Melcón, 1992: 59 y 60; AGA. Sección de Educación y Ciencia. Legajo 4.313 y signatura: 1788-45).

El Gobierno provisional nombra a Sarraquí, por Orden de 28 de septiembre de 1843, profesor interino de Elementos de Matemáticas (Aritmética y Álgebra) y de Religión y Moral en el curso 1842-1843. A partir de 1843 fue segundo maestro y tuvo a su cargo las materias de Elementos de Matemáticas y Geometría y Dibujo Lineal. Durante un periodo breve de tiempo, en 1845 ocupó la cátedra de Física y Química e Historia Natural en el Instituto de Segunda Enseñanza de Teruel¹⁵, para reintegrarse al claustro de la Normal Central en 1846. A partir de 1850 ocupó la dirección de la Escuela Normal Superior de Maestros del distrito de Madrid. “Durante los cursos 58 a 60 aprobó en la Universidad Central, con nota de sobresaliente, las asignaturas del Bachillerato de la Facultad de Filosofía y Letras; y en los del 58 al 64, en la misma Universidad, las de la Facultad de Derecho civil y canónico, con igual resultado en la calificación” (necrológica de César Eguílaz, *La Escuela Moderna*, julio de 1899: 50). En 1858 se le nombra maestro del Curso Superior Normal con un encargo docente que concluye con la supresión de las Escuelas Normales por ley del Gobierno revolucionario de 1868 (Ley de 21 de julio de 1868), momento en que pasó a desempeñar la cátedra de Pe-

(14) Pablo Montesino (1781-1849) tituló en Medicina y fue militar, aunque su aportación fundamental se sitúa en el ámbito de la pedagogía. Sigue de cerca a Pestalozzi (1746-1827) en lo que respecta a la valoración de la naturaleza como fundamento de la educación. Se le considera como el introductor de las ideas pedagógicas de este importante pedagogo suizo que, en el ámbito de las Escuelas Normales, postula la enseñanza apoyada en formas sensibles y en objetos.

(15) Manuel Casas (1928: 2). Se señala que “el paisano de Antillón fue el primer profesor de Física y Química del precitado Instituto provincial, creado en 1845”. En su manual *Elementos de Historia de la Pedagogía*, Manuel Casas glosa también la figura de Jacinto Sarraquí.

dagogía en el Instituto de Segunda Enseñanza del Noviciado. La propia legislación emanada de *La Gloriosa* restituye a Sarrasí en su responsabilidad docente anterior, con el nombramiento ahora de primer maestro y director del curso superior normal. A partir de noviembre de 1968, y hasta el año de su jubilación, desempeñó la dirección de la Escuela Normal Central de Maestros, siendo confirmado por los distintos gobiernos de la Restauración (Melcón, 1992: 59-60).

Participó, sigue indicando Julia Melcón, como miembro integrante de distintas comisiones y juntas relacionadas con la enseñanza, como la Comisión Auxiliar de Primera Enseñanza, la Junta Provincial de Instrucción Pública, la Municipal de Primera Enseñanza, la de Obras de la Normal Central, la de Derechos Pasivos del Magisterio, entre otros organismos culturales y educativos señalados tras la consulta en el expediente profesional. Así, y a título de ejemplo, fue vocal de una comisión de planos para la construcción de obras públicas en el periodo revolucionario; miembro de otra comisión para reformar el programa de oposiciones a escuelas en 1880; vocal del tribunal de oposiciones para la plaza de Directora de la Normal de Maestras en 1881; o vocal para la plaza de Director y Secretario del Museo Pedagógico, entre otros encargos.

Fue miembro del Claustro de Profesores de la Escuela Normal de Maestras como auxiliar desde el año de su fundación, en 1858, hasta 1884; posteriormente, entre 1887 y 1899. Cabe señalar, además, que mereció la confianza de la reina Isabel II para convertirse en educador de los hijos de ésta y que estuvo en posesión de distinciones como la de la Real Orden de Isabel la Católica en 1870, o la de Comendador de la Orden de Carlos III en 1878, así como la concesión de honores de Jefe Superior de la Administración Civil.



Comportamiento siempre ejemplar

La limpia hoja de servicios que puede exhibir este maestro de maestros se enriquece al comprobar el sentido de los testimonios emitidos sobre su persona desde los distintos órganos de la prensa profesional y la literatura pedagógica del momento. En todos los casos hay coincidencia en valorar su condición humana. Manuel Casas, en el apunte biográfico de Sarrasí dice de él: “Unió a tan relevantes cualidades una conducta intachable y una rectitud a prueba. Afable y cariñoso con todos, lo era en primer término con sus discípulos, a quienes siempre miró como a sus hijos” (4 de agosto de 1928: 1). Del trato con sus discípulos encontramos evocaciones de antiguos alumnos que corroboran el buen talante del profesor. Casto Blanco Cabeza¹⁶ señala: “En su trato con los alumnos era muy diferente de los otros dos profesores citados. Nos hablaba siempre con la afabilidad y ternura que usaría con sus nietecitos pequeños un abuelo cariñoso, sabio y feliz, un abuelo parecía, en todo, aquel bondadoso y docto anciano” (1919: 9).

Las necrológicas publicadas en la prensa profesional, tanto de carácter nacional como provincial, abundan en la misma idea. *El Boletín de Primera Enseñanza* de Salamanca se acoge al esquema que presenta la despedida dispensada a Sarrasí por la revista *El Criterio*: “Su rectitud, su honradez, su afabilidad y cariñoso trato le atraían el respeto, la consideración y el aprecio de cuantas personas le trataron [...] Nos proponemos sólo indicar lo muy querido que para nosotros era aquel risueño y cariñoso maestro, a cuyo lado se gozaba siempre de la ilustración a la par que de la alegría” (25 de julio de 1899). Lo mismo puede decirse del obituario publicado en la revista turolense dirigida por Miguel Vallés, *La Unión*, pues reproduce palabras muy parecidas a las anteriores, tomadas asimismo de *El Criterio* y añade: “El Magisterio español de primera enseñanza está de luto; pero deben estarlo de un modo especial la provincia de Teruel que con la muerte del Sr. Sarrasí, natural de Santa Eulalia, ha perdido a uno de sus más preclaros hijos, y los maestros turolenses que pasaron a la Normal Central a continuar sus estudios, los cuales además de un sabio y meritísimo profesor, encontraron en el finado a un padre cariñoso y un amigo entrañable” (20 de julio de 1899). La propia *Gaceta de Instrucción Pública* de Madrid comunica la noticia del fallecimiento de Sarrasí en estos términos: “Fue en vida ilustre Director de la Escuela Normal Central, D. Jacinto Sarrasí y Colás, que durante el largo tiempo que ocupó aquel cargo, y en el resto de su vida, dio pruebas de su acendrado

(16) Casto Blanco Cabeza fue catedrático de la Escuela Normal de Madrid y Consejero de Instrucción Pública. Fue además el mejor amigo del poeta José María Gabriel y Galán con quien compartió aula como compañero de cuarto curso en la Normal Central, ambos siendo ya maestros con plaza. Editó al poeta salmantino, y dejó anotados valiosos apuntes sobre el ambiente estudiantil en Madrid, con referencias expresivas, que incluimos en nuestro artículo, al director y profesor Jacinto Sarrasí. Ver sus *Cartas y poesías inéditas de Gabriel y Galán* (1919).

amor a la enseñanza, a la que han prestado inmensos beneficios las relevantes dotes de talento que adornaban al insigne pedagogo” (15 de julio de 1899). En la semblanza publicada por *La Escuela Moderna* se redondea el perfil humano del maestro: “Fue en todo momento modelo de diligencia y discreción. En el seno del hogar doméstico inspiraba admiración, respeto, cariño; en el Claustro de la Escuela, que tantos años dirigió, todos le amaban; en las Comisiones de que formó parte su voto era indiscutible, su criterio universalmente aceptado” (junio de 1900: 478).

Porte y estilo educativo

Aunque las necrológicas tiendan de modo natural al tono laudatorio con el finado, de la lectura cruzada y entre líneas de las dedicadas a Jacinto Sarrasí se extraen valoraciones inequívocas acerca de la alta calidad humana de la persona, que resultan ratificadas cuando acudimos a los recuerdos escolares de algunos alumnos suyos, quienes además aportan información sobre didáctica en el aula, anécdotas extraacadémicas o, en fin, datos sobre el porte o el atuendo, que contribuyen al enriquecimiento del retrato del paisano de Antillón. Así, en la novela pedagógica de Martín Chico¹⁷, *¡Maestro!*, publicada en 1922, y en la que se narra la vida ejemplar de uno de aquellos maestros de antaño, aparece el director de la Escuela Normal de Maestros, D. Jacinto Sarrasí visto como “un anciano de otra época, muy afeitado, muy pulcro, que en invierno bajaba desde su casa, en el mismo edificio, a clase, con su larga capa de esclavina y cuello alto; y, en todo tiempo, con una chistera y solemne levitón” (73). Pedro Chico y Rello evoca precisamente los usos en la vestimenta de aquellos viejos profesores: “Perduró muchos años la elegancia y distinción en el atuendo de los profesores. Recuerdo de mis estudios en la Universidad de Madrid, el sombrero de copa del profesor de Literatura. Y cuando, después, fui alumno de la Escuela Superior del magisterio, recuerdo igualmente, el chaqué de don Rufino Blanco, mi querido e inolvidable profesor de Pedagogía” (35). Casto Blanco Cabeza, por su parte, completa la descripción física de Sarrasí aludiendo a “su cabeza enteramente calva, su rostro bien rasurado, sus ojillos llenos de arrugas, pero aún muy vivos, su boca algo hundida, y su pasito corto, un poco vacilante, a pesar del inseparable bastón antiguo de bola de marfil” (1919: 9).

Sarrasí se sentía educador tanto en el aula como fuera de ella. Poseedor de los distintos conocimientos que ahorman el currículo de un formador de maestros, señalan los distintos comentaristas, “las Matemáticas y la Pedagogía fueron siempre las pre-

(17) Martín Chico, autor de la novela *¡Maestro!* es el patriarca de una generación de maestros de raza que cursaron estudios en la Normal Central. Su hijo, Pedro Chico y Rello, profesor normalista, en el libro *Gabriel y Galán maestro de escuela* (1971), vuelve a evocar la experiencia docente con Sarrasí. La novela de Chico es un documento imprescindible para la reconstrucción del ambiente de las Escuelas Normales de aquella época.

dilectas del eminente Maestro” (*La Escuela Moderna*, junio de 1900: 478). En todo caso, los testimonios apuntan a un desempeño docente satisfactorio dentro del aula, pues “sus explicaciones eran clarísimas, y tan amenas que nos parecía un soplo la hora y media de su cátedra. Solía hacer digresiones, de las cuales no siempre regresaba a la cuestión principal por falta de tiempo; pero estas digresiones aún eran a veces más instructivas y substanciosas que la misma cuestión” (Casto Blanco, 1919: 10). En parecidos términos se expresa el narrador de la novela *¡Maestro!*: “Bondadoso, de habla lenta e insinuante, exponía la copiosa doctrina con sencillez y claridad encantadoras; y hablaba de escuelas y de niños, de métodos y de procedimientos de enseñanza, con una llaneza que no hacía ni presumir siquiera a sus alumnos los grandes arcanos del alma infantil, ni los intrincados problemas pedagógicos con que se tropieza en la escuela a cada paso. Oyendo sus lecciones, todo parecía fácil y hacedero, sin obstáculos ni complicaciones, sin rebeldías ni desengaños” (1922: 73).

Los testimonios inciden también en la faceta de comunicación oral con alumnos y discípulos incluso fuera del ámbito académico, en forma de relato de anécdotas y frases sentenciosas: “Con exponer algunas del gran repertorio de anécdotas con que amenizaba su conversación; con los episodios de su vida, que se gozaba en relatar; con las frases que hacía en todas las ocasiones, y con enumerar los muchos y notables favores que ha dispensado a cuantos se le acercaron durante su vida, podría escribirse un libro que demostrara lo saliente y grande de la personalidad que acaba de bajar a la tumba” (Casas, 1928: 2). Así se expresa una vez más Casto Blanco: “Algunas veces, a la salida de clase, donde nos había entretenido, como encantados, con sus preciosas explicaciones, se nos acercaba en el corredor, sonriendo como un picarillo, y nos pedía lumbré para encender su cigarro. Después se despedía de nosotros, destocándose la chistera con mucha distinción, y se marchaba para casa, diciéndonos cariñosamente: -Adiós, adiós; hasta mañana. Estudiad mucho” (1919: 9).

Profesor de Literatura de Gabriel y Galán

Otra materia que le tocó impartir fue la Literatura (Retórica y Poética). Casto Blanco recuerda a Sarraquí como profesor de las asignaturas Pedagogía superior y Literatura “y las explicaba muy bien”, y continúa: “cada vez estoy más convencido de que era verdaderamente insigne como maestro, como filósofo y como crítico literario” (1919: 9). La educación artística recibida por él se la debe a Sarraquí, y más importante aún, el poeta José María Gabriel y Galán se sintió muy influido en su vocación literaria por su maestro de cuarto curso: “Firmemente creo que mucho pudo influir su ejemplo y su enseñanza en el espíritu de Gabriel y Galán, cuyo lirismo vibraba ya en aquel tiempo cual dulcísimo arpa eólica” (1919: 10). José Rincón Lazcano corrobora de nuevo que, de las cuatro materias que formaban el cuarto año del grado Nor-

mal en el curso 1888-1889, el director de la Escuela Normal D. Jacinto Sarrasí explicaba las asignaturas de Pedagogía superior y Retórica y Poética (1925: 170). Y aporta el dato de que “en más de una ocasión, Gabriel y Galán, explicó la cátedra de Literatura en sustitución de su maestro que se hallaba enfermo” (1925: 171).

Si el carácter discreto de Jacinto Sarrasí no ha dado demasiado pábulo a pregonar las bondades de su misión educadora, menos conocida resulta aún esta faceta de profesor de Literatura, que sin embargo, es recordada, como se ve, de forma expresiva por alguno de sus mejores discípulos: “Sabía enseñar prácticamente las cosas. Después de explicarnos una especie literaria, por ejemplo, la égloga, nos mandaba dar lectura ante él a un modelo, y nos iba haciendo notar las bellezas de expresión conforme iban apareciendo” (Blanco Cabeza, 1919: 10). Y a continuación, una nota de efusión lírica surgida de modo natural de la enseñanza en el aula: “A veces su corazoncito de artista y de lírico tiernísimo, se conmovía tanto, en los pasajes de gran efecto, que no podía contener las lágrimas, y limpiándose los marchitos ojos con el pañuelo, y oprimiéndose el pecho con la otra mano, decía temblorosamente al alumno, en un sollozo: -¡Más despacio!... ¡Más despacio!.. Y los alumnos llorábamos a veces con él, -¡tan eficaz era la comunicación estética que sabía establecer entre su sensibilidad y la nuestra!” (1919: 10).

En este sentido, cabe indicar que la figura de Alberto Lista, el gran educador de los literatos románticos de Madrid, parece ser tenida muy en cuenta por Jacinto Sarrasí, hasta el punto que en alguna de las evocaciones antes citadas se indica que Sarrasí fue alumno del gran intelectual y pedagogo sevillano, el cual fue asimismo profesor de Matemáticas y de Literatura en distintos lugares y a lo largo de su dilatada trayectoria docente: “Maestro suyo fue el célebre D. Alberto Lista, que sabía comunicar el don del gay saber y convertir en poetas a los alumnos de su cátedra, como Espronceda, Bécquer y tantos otros”¹⁸ (Blanco Cabeza, 1919: 10). José Rincón Lazcano, por su parte, se refiere a Jacinto Sarrasí, como “sabio y venerable maestro, discípulo de D. Alberto Lista” (1925: 170). No obstante, Alberto Lista había dejado Madrid en el año 1839 para trasladarse a su Andalucía natal, primero a Cádiz y después a Sevilla, donde acabó sus días en 1848. Es decir, no coincidieron en Madrid estos dos grandes del magisterio en la etapa del Sarrasí profesor normalista, aunque eso no impidiera que el de Santa Eulalia hubiese recibido una influencia anterior del pedagogo sevillano, tanto en la disciplina de las matemáticas (Lista había publicado *Elementos de Matemáticas puras y mixtas* en 1825), como en el de la crítica literaria

(18) Alberto Lista (Sevilla, 1775-Sevilla, 1848) fue pedagogo, matemático, periodista y crítico literario. Ejerció como catedrático de Matemáticas en el colegio de San Diego de Sevilla y de Retórica y Poética, en la Universidad de Sevilla. En la etapa madrileña, se significó como impulsor del proyecto educativo del Colegio de San Mateo, y explicó Matemáticas en la Universidad Central. Fueron también alumnos de Lista Larra, Ventura de la Vega o Eugenio de Ochoa. Ver para su trayectoria la Introducción de Romero Tobar a la obra ensayística de Lista (2007).

(significativa resulta la transcripción de una composición de un poeta de culto de Alberto Lista, Meléndez Valdés, en la carta pedagógica reproducida a continuación). No hay que olvidar que Lista, en 1837, aún ejerce como profesor de Matemáticas en Madrid.

Aversión a publicar su obra

Es verdad que resulta sorprendente en un hombre de su preparación la reticencia a la publicación su obra pedagógica, en un contexto además en que los protagonistas de la enseñanza suelen tener el prurito de la letra impresa. El dato no pasa desapercibido para los comentaristas, quienes atribuyen este hecho a la modestia. Así se expresa Manuel Casas: “El educador de los hijos de Isabel II parece que se complacía, con cristiana humildad, en ocultar los varios títulos académicos que poseyó y las condecoraciones con que fue honrado; por su excepcional modestia, no quiso publicar los numerosos escritos en que reflejara su saber, privándonos de una Pedagogía que hubiera sido guía luminosa en materia de educación por la gran autoridad y competencia de su autor” (1928: 1-2). En ese mismo lugar transcribe las siguientes palabras: “Nosotros siempre le hemos oído manifestar un decidido horror hacia la publicación de todo escrito, lo cual era producto de su gran modestia y de la experiencia que había recogido de otras personas y que le hacía temer los disgustos que siempre produce toda publicación de libros, trabajos periodísticos, etc.” (2). Este último testimonio, de alguien que trató a Sarrasí, puede complementarse con el del mismo Casto Blanco Cabeza, el inseparable amigo del maestro y escritor José María Gabriel y Galán, quien transcribe una conversación de estos dos alumnos compañeros sostenida con el director de la Normal fuera del aula: “Un día, que le pedimos que diese sus cuartillas a la imprenta, nos dijo: -No quiero yo verme en vida roído por gusanos” (1919: 9-10). El juicio de Casto Blanco abunda de nuevo en el dato de que podría haber dejado obra escrita inédita: “Y aunque no dejó publicada ninguna obra, me consta que las dejó escritas” (1919: 9). La semblanza aparecida en *La Escuela Moderna* recoge la misma idea: “Su excepcional modestia nos privó de un Tratado que, debido a su pluma, con la gran copia de materiales que había reunido y con el saber y la autoridad que en la ciencia de la educación alcanzó, hubiera sido la piedra angular del monumento que para inmortalizar su nombre erigirá la Historia” (1900: 478).

Manuel Casas señala una excepción a la resistencia de Sarrasí a dar a la estampa sus reflexiones. Se trata de algunos artículos publicados en 1849 en la primera revista profesional importante del magisterio, *Revista de Instrucción Primaria*, de la que es socio copropietario en ese primer año de edición, junto con otras figuras de la educación del momento como José María Flórez, Mariano Carderera y Joaquín Aven-

daño. Por un lado, una serie de dos largas epístolas pedagógicas que llevan el título de “Cartas a un maestro sobre los principales puntos de la Religión y la Moral”; en segundo lugar, otra serie de artículos sobre algunas cuestiones de Aritmética teórico-práctica, materia esta de la que, en definitiva, es catedrático. Explica en ellos de forma didáctica un método para resolver sin el auxilio de las proporciones los problemas que por este medio se resuelven de ordinario; alecciona sobre el múltiplo menor, aplicado a la reducción de los quebrados a un denominador común; o en fin, se faja con las propiedades de los divisores y múltiplos de un número. Antes, en el número 2 de esa revista había insertado el artículo que incorpora Manuel Casas a su semblanza y que se reproduce también a continuación junto con la carta segunda de la serie antes señalada. Este artículo lleva por título “Necesidad de la educación moral y religiosa en las escuelas de instrucción primaria” y sirve como síntoma de los fundamentos educativos que inspiraron durante un largo tiempo la historia pedagógica de un país. La carta segunda muestra las altas capacidades expositivo-argumentativas de su autor y evidencia, siguiendo las palabras aparecidas en la reseña de *La Escuela Moderna*, “las primicias del extraordinario talento de este padre de sesenta generaciones de estudiantes” (1900: 479). Sin rebajar nunca el nivel conceptual, esta carta armoniza magistralmente los saberes teológicos, humanísticos y científicos del autor, “fruto de sus vigiliadas dedicadas al estudio de la ciencia de enseñar” (1900: 479).

La Asociación

REVISTA DE PRIMERA ENSEÑANZA

Propiedad y órgano del Magisterio de la provincia

Educación y Administración
PLAZA DEL TREMEDAL, 1.-1.^a
Teléfono 35

De los trabajos que se publiquen serán responsables sus autores. No se devuelven los originales.

SE PUBLICA LOS SÁBADOS

Año XVI
Ternel 4 de Agosto de 1928
Núm. 786

Literatura pedagógica turolense



Don Jacinto Sarrasi y Colás

Este precursor vitoriano (1816-1899), hijo de Santa Eulalia, provincia de Teruel, estudió en el Seminario Conciliar de su diócesis y fue, desde muy joven, catedrático del mismo y del Instituto de Segunda Enseñanza. Pensamiento por la Diputación provincial turolense, cursó en la Escuela Normal Central la carrera del Magisterio con el aprovechamiento que, apenas terminada, se le recomendó la cátedra de Aritmética y Algebra de dicha Escuela. A ésta consagró alma y vida durante cincuenta y cuatro años, distinguiéndose como exitoso profesor y como modelo de directores de centros docentes y educativos. Hombre, nuestro biografiado, de vasta erudición, de profundos conocimientos pedagógicos y de una inteligencia cristiana y poco común, unió a tan relevantes cualidades una

conducta intachable y una rectitud a toda prueba. Afable y cariñoso con todos, lo era en primer término con sus discípulos, a quienes siempre miró como a sus hijos. Profesor de la mayor parte de los maestros normales, las sabias enseñanzas que daba a sus alumnos en brillantes conferencias, se han divulgado entre nosotros por medio de aquellos en beneficio de la progresiva marcha de la Pedagogía española.

Una sola excepción hay que notar en la habitual repugnancia del ilustre Sarrasi para dar a la publicidad sus originales ideas, y de esta excepción se aprovechó en 1889 la *Revista de Instrucción primaria*, de Madrid, redactada por los primeros y más inteligentes maestros salidos de la Normal Central. En el primer periódico profesional que tuvo el Magisterio aparece un artículo sobre la «Necesidad de la educación moral y religiosa en las escuelas de instrucción primaria», que a continuación se reproduce, porque juzgamos que las enseñanzas que contiene son de aplicación a todos los tiempos. Aparecen también en la misma revista dos trabajos muy notables. Utilizándose el uno «*Cartas a un maestro sobre los principales puntos de la Religión y la Moral*», y traduciéndose en el otro, con suma sencillez y claridad, de algunas cuestiones de Aritmética teórico-práctica. Si el educador de los hijos de Isabel II parece que se complacía, con cristiana humildad, en ocultar los serios títulos académicos que poseyó y las condecoraciones con

Sirva esta presentación para constatar una vez más la importante contribución de las gentes turolenses a las ciencias de la educación; y sirva también como homenaje a este maestro de maestros, paisano de Antillón, una vez cumplidos los doscientos años de su nacimiento.

Dos trabajos escritos de Jacinto Sarrasí

Necesidad de la educación moral y religiosa en las escuelas de instrucción primaria (1 de enero de 1849, de la *Revista de Instrucción Primaria*, pp. 13-17)

Es una verdad reconocida en todos tiempos, acreditada por la experiencia y apoyada por la razón, que las primeras ideas y los hábitos del hombre en su juventud, determinan irrevocablemente sus opiniones y conducta en el transcurso de la vida. Escrito está en los libros sagrados, que el hombre no se apartará cuando llegue a la vejez del camino que tomó en sus años juveniles; y la historia nos atestigua que los legisladores en sus códigos, los filósofos en sus sistemas, no olvidaron esta máxima para formar el carácter y costumbres de los pueblos, bien persuadidos de que las instituciones políticas, las leyes penales y demás disposiciones del poder supremo de la sociedad poco o nada pueden mejorar la condición del hombre que desde los primeros años no se ha familiarizado con la práctica de sus deberes. En nuestros tiempos los protestantes, metodistas y demás sectas religiosas, convencidas de la esterilidad de sus misiones entre los idólatras, no economizan dispendios, ni rehúsan sacrificios, a trueque de tener por su cuenta la dirección de los niños, abriendo escuelas de instrucción primaria, donde esperan recoger el fruto de sus trabajos. Y los gobiernos todos, en sus leyes y reglamentos de instrucción primaria, han concedido un lugar preferente a la educación moral y religiosa de la niñez, como fundamento y origen de las virtudes públicas y privadas de los ciudadanos.

Excusados nos creeríamos de ponderar la exactitud de este principio, si no lo viéramos falseado en su aplicación por esos sistemas incompletos de educación, en que entran por poco las ideas morales y religiosas, y se cuenta únicamente con los sentimientos del corazón. Nuestro propósito es manifestar las ventajas que el educador puede sacar de las pasiones, y la necesidad de enseñar a los niños las eternas verdades de la justicia y los dogmas fundamentales de nuestra religión. El asunto nos brinda con su importancia, y bien merece algunas consideraciones, siquiera en cuanto permite la estrechez de nuestro artículo.

Si observamos con atención la conducta de los hombres y los juicios prácticos que la determinan, bien pronto conoceremos que provienen casi siempre de ciertas ideas vivas, dominantes, habituales, que intervienen en todos los actos, señorean el enten-

dimiento y encadenan la voluntad; y si estas ideas las hemos recibido en los primeros años de nuestra existencia, entonces las defendemos como dogmas inconcusos sobre los cuales cimentamos todos nuestros conocimientos; a sus prescripciones arreglamos la conducta, y a su prestigiosa influencia obedecemos sin sentirlo. De aquí el espíritu de secta, es espíritu de partido; de aquí que el hombre defienda quizá con la mejor buena fe los absurdos más monstruosos, las preocupaciones más ridículas; de aquí que el error tenga a veces los honores del martirio. No es menos cierto que si alguna de las facultades del alma se desenvuelve con preferencia, a causa de nuestro género de vida y ocupaciones, en todos los pensamientos procura mezclarse y acomete los objetos que no le pertenecen. El geómetra acostumbrado a la marcha acompasada de sus cálculos aplica su frío razonamiento aun a las verdades que lo rechazan, y quisiera demostrar, como el teorema de Pitágoras, las bellezas de un cuadro de Murillo. El poeta que vive de las inspiraciones del corazón y mora en el mundo fantástico que se ha creado, juzga por lo que allí vio, del mundo prosaico que habitamos los mortales. El anatómico que solo cree lo que toca el escalpelo y alcanza el microscopio, difícilmente admitirá la existencia del espíritu. El metafísico, habituado a la abstracción y generalidades, no se para en los detalles, y difícilmente llevará a feliz término el negocio más sencillo, si de las encumbradas regiones de la Ontología le obligáis a descender al terreno de la práctica. Y es que los hábitos producen en el espíritu, además de cierta soltura y desembarazo para obrar, una propensión enérgica y pronunciada hacia los objetos de sus ordinarias tareas, y a veces sucede que una idea se establece como centro de las demás, dominando exclusivamente: entonces la inclinación viene a parar en manía.

Y si del entendimiento pasamos a la voluntad, ¿quién no ha experimentado alguna vez la fuerza del hábito para obrar y el empuje irresistible de las pasiones que alimentó en su primera edad? ¡Y cuántas veces acontece que sin advertirlo nos arrastra algún afecto oculto entre los pliegues del corazón, como atraídos por su fascinadora mirada! Y si bien se observa, el carácter colérico, duro, insociable y egoísta que distingue a ciertos hombres, tiene su explicación muy natural en las primeras afecciones de su vida, y proviene casi siempre de las pasiones mal comprimidas en la niñez. De aquí la obligación que tiene el educador de reprimir, con mano fuerte y en tiempo oportuno, los instintos maléficos, antes que tomen bríos y pujanza con el desarrollo del organismo. Desgraciadamente se cuida muy poco de esta parte tan importante de la educación y dejamos a los niños abandonados a sus deseos, bajo el pretexto de que la madurez del juicio pondrá freno a sus desmanes. ¡Error funesto! ¿No es de temer que las pasiones acostumbradas a mandar sin resistencia, presenten la prescripción de tantos años, como título para perpetuarse en el gobierno? ¿O esperaréis acaso que el hombre con voz poderosa, cual mágico tridente, calme las olas que azotan su corazón? No, no se muda tan fácilmente la primera dirección que tomó la voluntad; y vuestras amonestaciones de muy poco servirán cuando el vicio esté

arraigado. Así, pues, el maestro y los encargados de la educación deben procurar por todos los medios que la prudencia les sugiera ahogar esos monstruos, apenas nazcan en el espíritu. Afortunadamente, la oposición y discordia de las mismas pasiones nos ofrece recursos abundantes para vencer una inclinación con su contraria; y oponiendo una pasión a otra pasión la lucha no es tan desigual, o por lo menos tan sangrienta. El buen sentido del maestro sabrá escoger estas combinaciones que no dejan de producir excelentes resultados; por ejemplo: la glotonería se combate con el amor de la salud; el miedo, con el pundonor; la cólera, con el temor de parecer descompuesto; la prodigalidad, con el amor del interés; la pereza, con la emulación; la presunción, con el ridículo; la crueldad, con la benevolencia; la ociosidad, con el deseo de la gloria; en una palabra, se debe persuadir a los niños de que sus verdaderos intereses están íntimamente unidos al cumplimiento de sus deberes; de este modo la virtud aparece menos severa, y hasta la sensibilidad trabaja en su favor.

Pero en el corazón del hombre hay además de las afecciones brutales, egoístas y depravadas, otros sentimientos, puros, nobles, elevados; y el educador, explotando cuidadosamente esta mina, puede sacar tesoros de gran valía para enriquecer el espíritu de los niños. El amor de sí mismo, bien dirigido, la emulación, la benevolencia, la compasión, la generosidad y otras afecciones simpáticas, son resortes poderosos para mover la voluntad por el camino del deber.

No se crea, sin embargo, que la educación de los sentimientos morales nos dispensa de inculcar los eternos principios de la justicia y las verdades de la religión, porque los afectos, aun los más puros y excelentes, no pueden ser guía segura de nuestra conducta y se extravían muy fácilmente cuando no son dirigidos por la razón. El amor de nuestra propia dignidad es muy a propósito para resistir a las tentaciones que nos pueden degradar, impone gravedad a nuestras acciones y no permite se nos ultraje impunemente; pero si traspasa los límites de la razón, degenera en orgullo insensato que hincha el corazón, enaltece la frente y nos hace insoportables. La compasión y la amistad podrán a veces ser injustas, si no se moderan por la virtud. El patriotismo será un crimen, si atropella los fueros de la justicia y menosprecia los intereses de la humanidad. Y es que las pasiones se ocupan solo del momento presente; pero la razón atiende no solo a lo presente, sino también a lo pasado y lo venidero; aprovecha las lecciones de la experiencia y calcula los resultados: por este motivo a ella pertenece legislar y a las personas ejecutar: ella debe presidir y las pasiones auxiliar con su fuerza y energía, sin las cuales la voluntad sería floja, soñolienta e ineficaz. Por donde se ve la necesidad de ilustrar el entendimiento de los niños con las verdades morales y religiosas que han de ser la regla de su conducta. Y no se diga que estas verdades están fuera de su alcance: son claras, sencillas, de una evidencia intuitiva, y basta para verlas abrir los ojos del entendimiento. La idea de Dios y de sus principales atributos se puede comunicar al niño si sabemos cultivar su instinto

primitivo, la curiosidad. El niño ve los efectos, y quiere saber la causa; descubre un designio, y pregunta por la inteligencia que lo ha dispuesto. He aquí el medio para manifestarles la existencia de Dios, su sabiduría, su poder, su providencia. Y si queremos enseñarles los dogmas sobrenaturales de la religión cristiana, su edad es la más a propósito para que reciban estas verdades que exigen sencillez y docilidad del ánimo y abnegación del entendimiento en obsequio de la fe.

Y si esta obligación incumbe a los maestros en todo tiempo, urge sobremanera en la actualidad, cuando campea el error, se duda de las verdades sancionadas por los siglos y por el consentimiento unánime de los hombres, cuando una filosofía, no material y grosera como la de los Epicúreos, sino espiritual, idealista; la llamaremos con su propio nombre, el racionalismo; cuando el racionalismo, enloquecido con sus progresos en las ciencias, quiere destruir la religión revelada, levanta su frente altiva contra Dios y le dice: “Retírate de nosotros que ya no te necesitamos; la luz de nuestro entendimiento brilla demasiado, y bien puede guiarnos en la peregrinación de esta vida. Insensatos ¡como si la luna pudiera resplandecer en el firmamento sin el sol que le da la luz! ¡Como si los planetas se movieran en sus órbitas sin un centro de atracción!

Estemos, pues, vigilantes, que no sería prudencia mantenerse en la inacción, cuando el enemigo se mueve y apresta sus fuerzas y amenaza con una invasión.

Jacinto Sarrasí

Cartas a un maestro sobre los principales puntos de la Religión y la Moral II.
Año 1849 (15 de marzo, pp. 134-139; 1 de julio, pp. 363-367; 15 de agosto, pp. 448-454; 1 de septiembre, pp. 482-485. *Revista de Instrucción Primaria*)

Extraña V., mi apreciado amigo, no le haya hablado en mi última sobre la Providencia con toda la extensión que el asunto merece, para desvanecer los cargos del ateo contra la justicia de Dios, las inculpaciones a su poder, los denuestos a su sabiduría y las quejas de su bondad por los males y desgracias que a los míseros mortales nos afligen de continuo; porque si bien, una vez asentada la existencia del Ser infinito, naturalmente hay que admitir su providencia y santidad, sería sin embargo muy del caso averiguar cómo se concilian estos atributos con la triste condición del hombre en este valle de lágrimas.

Me hago cargo de las razones que V. presenta; y por lo mismo me había reservado una carta particular para esclarecer esta materia de la mayor importancia, en la que estriba todo el edificio de la moral y la religión. Pero es preciso tener presente que vamos a entrar en una región nebulosa donde se palpan tinieblas y no se puede dar un paso sin la antorcha de la revelación, y que acometemos la cuestión más escabro-

sa de toda la filosofía, la que tan lastimosamente ha extraviado al entendimiento humano, siempre que sin el auxilio de la luz divina ha querido penetrar el tupido velo que cubre los destinos de la humanidad. Porque las luces naturales no pueden por sí solas explicar cumplidamente el origen de los males que pesan en esta vida sobre los hijos de Adán, y solo el Cristianismo posee la clave para descifrar los enigmas de lo presente, aclarando los misterios de lo pasado y los secretos del porvenir. La existencia de otra vida y la degeneración del humano linaje por la culpa de su padre, son los dos polos de la Religión cristiana; y si queremos darnos cuenta de las miserias del hombre, no hay que perder de vista estas verdades, de las cuales la primera está profundamente grabada en nuestro corazón, y la segunda se halla escrita con letras de sangre en la historia del género humano, y consignada por los pueblos antiguos en muchas alegorías tan variadas como ingeniosas. El reinado de Saturno, el siglo de la edad de oro y la caja de Pandora, que arrojó sobre la tierra toda clase de calamidades, reservándose en su fondo solamente la esperanza, son otros tantos símbolos en que nos han transmitido sus creencias sobre la felicidad primitiva y decadencia posterior de nuestra raza.

Vea V. ahora si el problema es de suyo complicado y cuántos datos necesita para su completa solución. Pero, dejando a un lado estas consideraciones que más adelante tendrán lugar, escuchemos lo que nuestra razón nos enseña sobre la naturaleza y origen del mal en este mundo; explicando previamente las circunstancias necesarias para el bien y perfección de los seres.

La perfección de una cosa consiste en el conjunto de las realidades, que son conformes a su destino y condición. Un ojo en nuestra frente sería una imperfección; una voz afeminada no realzaría mucho la hermosura varonil; ni la imponte barba del hombre dice bien en el delicado rostro de la mujer. Así, pues, el bien y la perfección no son otra cosa que el orden y armonía entre las partes que constituyen un todo. El mal, por el contrario, consiste en la perturbación del orden, en la falta de armonía; y según fuere el orden perturbado, así serán los males producidos; físicos si se viola el orden físico, morales si se trastorna el orden moral. Las tempestades, los terremotos, las inundaciones, el hambre, la sed, los dolores, las enfermedades, la muerte etc., entran en el número de los primeros. Las guerras injustas, los homicidios, la impunidad del crimen, el abandono de la virtud etc. pertenecen a la clase de los segundos.

En todos los tiempos, desde Epicuro hasta nuestros días, han repetido los ateos las mismas acusaciones contra la Providencia por el cúmulo de calamidades que asolan la tierra y de las que una buena parte no deja de alcanzar al hombre; a pesar de que no son los ateos los que más motivos tienen para quejarse de su suerte, porque el ateísmo se alberga de ordinario bajo doradas techumbres, mientras que la piedad se cobija en las chozas y en los campos. ¿Acaso se dirá el ateo “tú eres feliz sin mere-

cerlo, luego no hay providencia?" Pero no; es que los placeres y goces materiales le tienen embrutecido y amarrado aquí en la tierra; pues si la fortuna le abandona, o la naturaleza le castiga por su vida disipada, entonces un *¡ay, Dios mío!* viene a protestar solemnemente contra las malas pasiones del corazón y los sofismas del entendimiento.

Los males físicos, como consecuencia necesaria de las leyes de la creación, concurren de un modo prodigioso al mantenimiento del universo, y son a veces necesarios para la conservación del animal que los padece. ¿Qué sería de los animales si el dolor no les advirtiera los peligros que amenazan su existencia? ¿Qué, si el hambre no los hostigase a buscar los alimentos? De seguro perecerían por descuido y distracción. Luego el dolor es un bien. ¿En qué había de ocupar el hombre todo el tiempo de su vida, si naciese instruido enteramente como los demás animales? Luego la ignorancia es un bien. ¿Dónde hallaría sustento y habitación, si no hubiese muerto alguno de sus antepasados? Luego la muerte es un bien. La fuerza de estas reflexiones sube de todo punto, si se aplican al hombre como ser moral e inteligente; porque en la escuela del infortunio es en donde se templan sus bríos y fortaleza, y se despliegan los sentimientos hidalgos y facultades superiores que tanto brillo dan a nuestra especie. Si no hubiese enemigos que combatir, la virtud no se ceñiría el laurel del vencedor; y su precio es como el de la gloria, tanto más grande cuanto más trabajo cuesta.

Mas para formarse cabal idea de la perfección del universo, no debemos considerar sus partes aisladamente, sino en su magnífico conjunto: así llegamos a descubrir que los desórdenes son solo locales, y aun contribuyen poderosamente a mantener la armonía del sistema. ¿Cómo juzgaría de un palacio, quien mirase separadamente cada una de sus piezas, prescindiendo de sus mutuas relaciones? No hay duda que la crítica sería desfavorable, sin advertir que el albañal, en donde se arrojan las inmundicias, hace un papel más principal que los salones decorados con los primores del arte. De la misma manera, si pudiéramos abarcar de una mirada todas las piezas de este gran palacio, veríamos un orden estable y permanente, y quedaríamos asombrados de su belleza y proporciones, exclamando con un poeta:

Mas no, padre solícito: yo admiro
tu infinita bondad; de este desorden
de la naturaleza,
del alternado giro
del tiempo volador, nacer el orden
haces del universo y la belleza.
De tu saber la alteza
lo quiso así mandar...siempre florido,
no a sus seres sin número daría

sustento el suelo; en nieve sumergido,
 la vital llama al fin se apagaría.
 Esta constante variedad sustenta
 tu gran obra, Señor: la lluvia, el hielo,
 el ardor congojoso,
 con que el Can desalienta
 la tierra, del Favonio el suave vuelo,
 y del trueno el estruendo pavoroso
 de un modo portentoso
 todos al bien concurren: tú has podido
 sabio acordarlos; y en vigor perenne,
 de implacables contrarios combatido,
 perpetuo empero el orbe se mantiene.
 (Meléndez: *El invierno es el tiempo etc.*)

Increíble parece que los naturalistas, hijos predilectos de la naturaleza, comensales suyos, depositarios de sus tesoros y confidentes de sus secretos, hayan sido algunas veces los primeros en desacreditarla al publicar sus aparentes debilidades. ¿Cómo no temen les reproche su negra ingratitud, y les diga con más razón que César a Bruto: *tu quoque fili mi*: “hijo mío, tú también contra mí?” Achaque fue de muchos naturalistas y matemáticos del siglo pasado, desechar aquellas verdades que no se prestan a la observación externa, al experimento, o por lo menos al cálculo; y afanosos por destruir el dogma de la providencia y todos los principios tutelares de la sociedad, buscaron en el estudio de la naturaleza alguna razón especiosa para justificar sus lamentables aberraciones, empeñándose aunque sin fruto en introducir el desacuerdo entre la religión y las ciencias naturales.

Pero es forzoso decirlo, por más sensible que nos sea. Estos pretendidos amantes de la naturaleza, más bien que observadores, son espías que la acechan para sorprenderla in fraganti, y encontrarla, si posible fuera, en algún monstruoso extravío o escándalo, de donde pudiese colegir el acaso en sus operaciones, y el desorden en sus planes. Y al modo de los hijos de Noé, lejos de cubrir con respeto al desnudez de su padre, si le sorprenden entregado al sueño, descubrirían a la vista de todos sus vergüenzas, y se envanecerían de haberle deshonorado: triste disposición que inutiliza el talento y quita toda dignidad a la ciencia, infama el estudio más noble y mancha los placeres más puros y halagüeños.

Con otro ánimo y otros conocimientos, los verdaderos amigos de la naturaleza y maestros de la ciencia, los Descartes, los Leibniz, los Newton, los Haller, los Sthal, los Carlos Bonnet, los Euler, los Cuvier, estudiaron sus leyes y observaron los hechos que nos presenta. Llegados a los confines que separan el mundo físico del

mundo racional, fijaban con igual firmeza sus ojos en el uno y en el otro. Si con el vigor de su inteligencia descubrían las leyes generales de la naturaleza, reconocían por la luces de la razón al legislador supremo, autor y ordenador de la naturaleza; y nunca les ocurrió que para establecer una teoría o un sistema de la ciencia fuese necesario minar los fundamentos de la moral, y para explicar el hombre, trastornar la sociedad. Porque tenían muy presente que no todas las verdades se perciben inmediatamente por los sentidos exteriores, ni pueden ser sometidas a una demostración matemática; y sabían muy bien que hay en el hombre otras facultades que también tienen un objeto verdadero y positivo, pero extraño a las investigaciones de los físicos y al análisis de los algebristas.

Animado del mismo espíritu un insigne matemático y físico distinguido de nuestros días, que nada tiene que envidiar a sus dignos maestros los Laplace y Poisson, dice las notables palabras que voy a transcribir para que, tomando acta de ellas, pueda V. responder a los cargos de impiedad que la ignorancia suele no pocas veces dirigir contra los apasionados por las ciencias fisico-matemáticas. Veamos V. como se explica M. Cauchy en la introducción a su *Curso de análisis*: “Sería un error de mucha trascendencia el pensar que solamente en las demostraciones matemáticas, o en el testimonio de los sentidos se encuentra la certidumbre; porque, a pesar de que a nadie le ha ocurrido el probar por el análisis la existencia de Augusto o de Luis XIV, para toda persona sensata es tan cierta esta existencia como el cuadrado de la hipotenusa, o el teorema de *Maclaurin*. Pero hay más todavía; la demostración del último teorema está solo al alcance de algunos, y aun los sabios no están conformes sobre la extensión que se le debe conceder; al paso que todo el mundo sabe muy bien y sin ningún género de duda, quién gobernó la Francia del siglo XVII. Lo que decimos de un hecho histórico, se puede aplicar del mismo modo a una infinidad de cuestiones en religión, en moral y en política. Estemos, pues, persuadidos de que hay otras verdades además de los teoremas del álgebra, y otras realidades diferentes de los objetos materiales. Cultivemos con ardor las ciencias matemáticas, pero sin extenderlas más allá de su dominio; no creamos que se pueda combatir la historia con fórmulas, y sancionar la moral con los teoremas del álgebra o del cálculo integral.

Así piensan y han pensado en todos tiempos los hombres más eminentes en el mundo científico, los cuales no menos se han distinguido por la arrogancia de su ingenio para el estudio de las ciencias naturales, como por la docilidad de su espíritu para creer aquellas verdades que sobrepujan los alcances de la humana inteligencia; y si algunos escritores de nombradía han prostituido sus talentos a la causa del error, culpa tuvieron en ello las preocupaciones de que aun los sabios no están libres, y para hablar con más franqueza, las malas pasiones que nos acechan de continuo y trabajan a traición por ganar a su partido la razón, la conciencia y todas las facultades superiores que podrían oponerse a sus desmedidas pretensiones. Cuando esto ha

conseguido el corazón, las más aventajadas dotes del espíritu solo sirven para ruina y perdición del mismo que las posee y de aquellos que ha tenido la imprevisión de tomarle por su guía: la ciencia no es entonces el sol que purifica, alumbra y calienta, sino un fuego que tizna, ofusca y abrasa; la filosofía desciende de su altura y se arrastra por el suelo; y en vez de ennoblecer al hombre y enseñarle el camino de la felicidad, se complace en degradarle y le conduce a tientas por senderos extraviados sin fijar el término de su carrera: tan villano se muestra el pensamiento cuando por torpe condescendencia se hace cómplice y servidor de pasiones vergonzosas.

Pero la opinión particular de algunos individuos, por extraordinarios que sean sus talentos, no puede prevalecer contra la opinión general de todos los pueblos sobre ciertas verdades morales y religiosas que importan sobremanera a su conservación y bienestar. Porque las ideas y sentimientos de un hombre no pasan por verdaderos ni son aprobados por los demás, sino en cuanto son conformes a las ideas y sentimientos de todos o del mayor número. Aquel que sienta y piense de un modo diverso que los otros, con razón es reputado por un hombre de espíritu extravagante, de una imaginación desarreglada, de un carácter insociable, y las más veces por un maniático y un loco. Aun el sabio no tiene pensamientos diferentes de los del común de menos ingenio: lo que hace es poner a la vista de los otros los pensamientos que por falta de consideración no habían percibido; y la dominación que adquiere sobre el espíritu de los demás no es sino el consentimiento y aprobación general que dan éstos a sus descubrimientos; aprobación que es el efecto y la prueba de la conformidad de sus pensamientos con los de aquel que se los revela. Por donde el mejor elogio que se puede hacer y comúnmente se hace de un pensamiento exacto y profundo manifestado en estilo conveniente, suele ser: “esto es cierto, y me parece que siempre tuve la misma idea, ni yo podría expresarlo de otra manera”. Así, pues, cuando aparece un escritor que niega la Providencia, la inmortalidad del alma, la religión, la distinción de lo justo y de lo injusto, y en suma, todo cuanto los hombres, considerados en su generalidad más absoluta, han creído y creen todavía, con razón se le debe tener por superficial y de un cerebro enfermizo, sean los que fueren sus talentos para otros objetos, y sus conocimientos en otra cualquier materia; como es tenido por mentecato el que padece la manía de creerse rey o papa, por más que en estos asuntos piense como el resto de los hombres.

Y no se diga que el género humano en su prolongada infancia ha sido víctima de un error que ha llegado hasta nosotros. No; porque en los principios de la moral, que son el fundamento de la sociedad, la humanidad toda no puede tener sino preocupaciones verdaderas; de otro modo, no hubiera podido existir. Una preocupación general es la creencia de una verdad general, poco más o menos como un proverbio es la expresión de una máxima general de conducta. En las preocupaciones lo mismo que en los proverbios, la verdad especulativa o práctica se hace popular para el uso

común; y sellada de este modo en el cuño del género humano, pasa en el comercio de los espíritus como pasa una moneda corriente; la cual se recibe por su valor sobre la fe de la autoridad pública, y cuyo peso y quilates no podemos examinar a cada instante sin retardar el curso de los negocios y cambios.

Un hombre, sea el que fuere, no necesita creer en la Divinidad para existir, ni aun para ser, a los menos exteriormente, justo y bueno, porque independientemente de su voluntad y por el solo hecho de su entrada en la sociedad, se halla en un orden de cosas establecido desde el nacimiento mismo del cuerpo social sobre la creencia y el sentimiento de la Divinidad: creencia de la cual, las leyes que le protegen, las costumbres que le contienen, los usos que le llevan en pos de sí, han recibido su fuerza y dirección. Hasta pensar puede interiormente que Dios no existe; y con tal de que no se le emplee en el gobierno de otros hombres o en su educación, sus sentimientos particulares no tendrán influjo sensible en el orden público. Un hombre también que niegue el movimiento de la tierra, no por eso impide que ella ruede y que a él mismo le arrebate en su revolución; y con que no esté encargado de enseñar astronomía, sus opiniones no serán muy trascendentes. Pero la creencia de la Divinidad y el culto que es su natural consecuencia, son cosas necesarias a la sociedad, pues sin ellas la sociedad ni ha podido nacer ni subsistir.

No por cierto: porque sin la idea general y primitiva del poder del Ser supremo sobre todos los hombres, y sin los sentimientos de dependencia que esta idea ha inspirado a todos, ni el pensamiento incomprensible del poder humano, ni el sentimiento, más incomprensible aún, de obediencia, estas dos cosas que tanto se avienen en la sociedad y tan poco en el corazón del hombre, nunca habrían venido a la mente de los hombres para hacerles sobrellevar la sociedad. Esta creación, que sacó al orden público del caos de las voluntades privadas y de todas las pasiones individuales, más inconcebible sería que la creación física, sin la idea y sentimiento de la Providencia. Pues si en esta los sentimientos mezclados y confundidos oponían a la potestad creadora su fuerza de inercia, en la creación de la sociedad pasiones activas y fogosas oponían a la potestad legisladora su fuerza de resistencia. Por donde los monumentos históricos más antiguos, de acuerdo con la razón, nos presentan por todas partes a los primeros legisladores de los pueblos acreditando su misión cerca de ellos por la intervención de la Divinidad, e invocando su autoridad para hacerles amar o sobrellevar la suya. Estas grandes verdades sin duda son más sensibles cuanto más arriba se sube a los primeros días de las sociedades, o por mejor decir, de la sociedad; porque hablando con rigor, nunca hubo más que una: y todos los pueblos, nacidos como todos los hombres los unos de los otros y siempre en el seno de la sociedad, han conservado en sus transformaciones sucesivas la tradición de los primeros sentimientos que habían recibido, y de las nociones primitivas que les fueron comunicadas. Pero hoy que la sociedad está tan lejos de su origen, si una nación amoldada de largo tiem-

po al yugo de la religión y de las leyes y envejecida en el hábito del orden, viniese de repente a olvidar cuanta enseñanza y ejemplos fueron necesarios para sujetarla a una regla severa, y lo que debía a su institución religiosa en bondad moral, perfección literaria, y aun en dignidad política; cuanto más admirable fuese su disciplina, tanto más prodigioso sería su desorden; cuantos más frenos hubiese roto, y desechado más luces, a tantas más pasiones daría suelta y tantos más errores e ignorancia acumularía; y serían menester milagros para volverla a la razón de que tan indignamente había abusado, y a la felicidad a cuya pérdida tan locamente se hubiese expuesto.

Así, pues, una tribu de iroqueses que nombra el *gran espíritu* es para la razón una autoridad de mucho más peso que veinte academias de ingenios floridos que negasen la existencia. Una academia, agregación casual de individuos, no tiene para hablar ni para escribir, ninguna necesidad de creer en la Divinidad. Los individuos de esta sociedad, confundidos luego que salen de sus sesiones con los demás ciudadanos, hallan establecidas en la sociedad antes de todas las academias todas las ideas, todos los sentimientos y todas las instituciones que protegen sus personas, sus propiedades y hasta su incredulidad; y aun cuando por el testimonio de su conciencia ellos mismos se hallasen buenos y justos sin alguna creencia religiosa, podría ser que creyéndose moderados en sus deseos, únicamente lo fuesen en realidad en sus pasiones. Mas la sola existencia de un pueblo, aun salvaje, en cuerpo de familia o de nación, el orden que allí reina en medio de esta sociedad imperfecta, por imperfecto que él también sea; la autoridad allí reconocida de padre, de esposo y la del jefe de la tribu, y la obediencia pacífica a estos diversos grados de poder; las prohibiciones del robo, del adulterio y del homicidio que se hallan en estos pueblos niños, feroces, intemperantes, atestiguan la existencia del supremo Legislador y la promulgación de la ley primitiva; y esta prueba, envuelta en nuestras sociedades bajo la multitud de leyes minuciosas, de reglamentos de policía, cuya fecha y autores todos conocemos, se muestra en todo su resplandor en estos pueblos sencillos que han subsistido hasta hoy bajo de solas estas leyes primitivas y sin otra legislación.

Dios es pues el gran pensamiento de la sociedad: las imágenes con que ésta le representa son en cierta manera el grande espectáculo de la sociedad, y el culto que le tributa es la gran acción de la misma, la *acción* por excelencia según se lee en todas las liturgias. La religión, pues que abraza el espíritu y la verdad, la creencia y el culto, es la rica herencia de los pueblos y su inalienable patrimonio. En vano los hombres durante su corta mansión sobre la tierra la desconocen y ultrajan, que no por eso deja de ser el alma y la vida del cuerpo social; y según el uso que de ella hace, la causa también de sus progresos, o el principio de sus revoluciones. Por do quiera presente, aun allí donde no se le descubre, interviene en las leyes, en las costumbres, en los usos, en la lengua, en las artes, en todo. Ella anima este gran cuerpo, le agita cuando se cree tranquilo, le calma cuando está agitado; y la posteridad dirá si le puede volver a orde-

nar cuando esté disuelto; y a la religión es y a su omnipotente influjo, a quien cuadra este pensamiento de un poeta:

Mens agitat molem, et magno se corpore miscet.

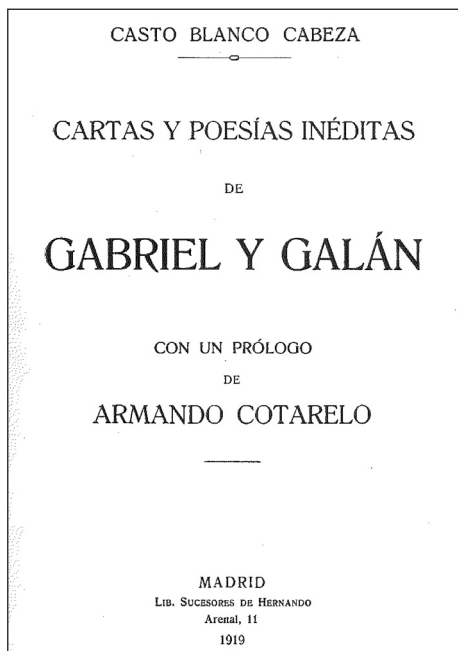
Pero al fin, preguntan los incrédulos, ¿qué ideas, qué conocimientos y qué sentimientos son los que tienen los hombres de la Divinidad? Respondo sin embarazo que la idea más distinta, el conocimiento más positivo, y el sentimiento más enérgico que de cualquier objeto pueden tener; porque los hombres han pensado en ella, la ha nombrado, la han adorado, amado y temido como poder creador del universo, como poder motor del mundo físico, como poder legislativo del mundo moral, como poder vengador del crimen y remunerador de la virtud, y por consiguiente, como ser todopoderoso, todo bueno, todo justo, todo sabio, etc., etc.

Si estas ideas, cuyas expresiones son universalmente entendidas, no son distintas; si estos conocimientos, cuyas aplicaciones al orden de la sociedad doméstica y pública han sido en todos los pueblos las más familiares y juntamente las más solemnes, no son positivos; si estos sentimientos, manifestados por acciones tan imponentes al espíritu, y penosos a los sentidos, no son los más enérgicos; jamás hubo en el mundo, ni idea distinta, ni conocimiento positivo, ni sentimiento enérgico de ningún principio moral. ¿Y cómo no habían de ser distintas y positivas estas ideas y conocimientos, con los que todas las sociedades hicieron sus leyes, y las religiones todos sus dogmas; y sobre las cuales se han establecido todas las relaciones de los hombres, de las familias y de los estados, y gira al cabo de tantos siglos toda la máquina de la sociedad? ¿Podrían dejar de ser vivos y profundos estos sentimientos, expresados por la acción pública más sorprendente como es el sacrificio del hombre, y por las acciones personales las más heroicas? Muéstrese si no entre la infinita variedad de pensamientos y afectos humanos un pensamiento explicado por un lenguaje más sublime y al mismo tiempo más usual; unos sentimientos, manifestados por acciones más comunes a la par que extraordinarias; y nos conocimientos, realizados por medio de aplicaciones más familiares y juntamente más extendidas. Muéstrense pensamientos, que dominen con tan alta sublimidad a los demás pensamientos; sentimientos, que triunfen con más imperio de los demás sentimientos; y conocimientos, que hayan determinado mayor número de relaciones. Y ¿cuál sería en otro caso la expresión segura por donde pudiéramos reconocer cuáles fuesen las ideas distintas, los conocimientos ciertos, y los sentimientos profundos: o ¿por qué otro medio los hombres podrían tener de ellos la convicción en sí mismos, y comunicar a los otros su certidumbre? Sí, todos los pueblos han tenido la idea, el conocimiento y el sentimiento de la Divinidad, mas no todos tuvieron una idea completa, un conocimiento suficiente, y un sentimiento bien reglado; así como no todos la han figurado con imágenes decorosas y convenientes. Los idólatras tuvieron la idea de su poder, pero no la de su bondad; y de ahí fue su religión de terror, y su culto de homicidios. El paga-

nismo, que fue la idolatría de los pueblos cultos, tuvo la idea de su poder y también la de su bondad; mas no la de su eternidad, de su santidad, de su inmaterialidad y de su unidad; de aquí la extravagancia del politeísmo y las monstruosas imaginaciones de su mitología y su teogonía. Así también entre los deístas, los que piensan que Dios recompensa las acciones buenas y que no castiga las malas, tienen la idea de su bondad, pero no la de su justicia; y los que le creen indiferente al bien y al mal tienen alguna idea de su existencia, mas ninguna de su providencia, ni del orden, que es su atributo esencial. Solo el cristianismo da de la Divinidad y de sus atributos la idea más completa que los hombres pueden recibir, e inspira los sentimientos de que debe ella ser objeto: única religión en el mundo, que no ha separado los atributos inseparables de la justicia y de la bondad, y que enseña a amar a Dios sin dejar de temerle, y a temerle sin dejar de amarle. Nosotros conocemos a Dios como un ser soberanamente perfecto, sabio, justo, bueno, o más bien como la misma sabiduría, justicia y perfección. Y ¿se dirá que no tenemos idea alguna de estas cualidades, expresándolas con términos tan universalmente entendidos y con tanta frecuencia pronunciados; cualidades que siempre nos parece tenemos nosotros y casi nunca los demás? ¿De dónde viene si no, que palabras de sublime sabiduría, actos de una justicia heroica, obras de una perfección rara, nos extasían y transportan fuera de nosotros mismos? ¿Son estas palabras, estos actos y estas obras quien hace nacer en nosotros de repente y sin una disposición preexistente nociones de sabiduría, de justicia y de perfección? ¿O más bien esto consiste en que el tipo de estas cualidades existe en cierto modo dentro de nosotros, y que no aguarda para excitar en nuestros ánimos y corazones esta viva impresión sino un objeto que la reproduzca? En efecto, el retrato que se me presenta no es quien me hace reconocer el original que nunca he visto; mas el original que conozco y cuya imagen tengo en mí mismo es quien me hace reconocer la copia. ¿Y qué otra cosa es este tipo de sabiduría, de virtud y de perfección moral que a pesar de nuestros vicios e imperfecciones deseamos hallar en todos los objetos que de ella nos presentan alguna expresión, más que una disposición hereditaria en el género humano, que prueba nuestra descendencia del Ser soberanamente perfecto, el cual nos hizo a su imagen y grabó en nuestras almas la idea de perfección y el deseo de la felicidad que es su premio? Por donde esta idea de perfección se halla en todos, aun en el niño y el salvaje, y todos, mientras somos, buscamos una perfección relativa, aun cuando más nos alejamos de la perfección absoluta; y nos sentimos invenciblemente determinados a querer lo mejor, aun cuando es lo peor lo que elegimos. Bien podemos por cierto contrariar nuestras más naturales inclinaciones, negarnos a las más indispensables necesidades; mas no podemos borrar de nuestro espíritu la idea de perfección, ni desterrar de nuestro corazón el deseo de la misma. Esta idea y este deseo animan todas las acciones del hombre; y aun cuando con nuestras manos nos destruimos, o voluntariamente hacemos por los más nobles motivos sacrificio de nuestra vida, todavía buscamos una perfección de felicidad, o nos proponemos en ello una perfección de virtud. Todos los desvelos del

ingenio, los trabajos de la industria, y todas las instigaciones del carácter no tienen otro móvil; móvil esencialmente activo, y siempre más eficaz en el pueblo más civilizado, porque a medida que se forman ideas más exactas de la perfección, se camina hacia ella con más fuerza y más invenciblemente se siente el impulso para acercarse a la misma. Esta tendencia a la perfección es para nuestro espíritu lo que la gravedad es para los cuerpos, tanto más acelerados cuanto se acercan más al término de su caída. Así la revolución francesa del siglo pasado por eso fue tan rápida con sus progresos y tan terrible en sus efectos, porque falsas ideas de perfección se habían apoderado de un pueblo muy civilizado; y no hay duda que si se le presentasen con la posible claridad los verdaderos medios de llegar a la perfección social, los abrazara aún con más ardor.

Al ateo no satisfacen estas reflexiones porque no pueden sus sentidos palpar la Divinidad, ni su imaginación figurarla como él quisiera. Pero ¿hemos de admitir solamente las verdades que son del dominio de los sentidos o de la imaginación? En las ciencias naturales frecuentemente se recurre a agentes invisibles para explicar los fenómenos de la naturaleza. Así, cuando se quiere por ejemplo dar razón de la tendencia que mueve a ciertos cuerpos a repelerse o acercarse, se admite uno o varios fluidos invisibles; se suponen en la materia fuerzas latentes, atracciones y repulsiones: atribuyese a moléculas absolutamente imperceptibles figuras determinadas y



disposiciones constantes: se someten al cálculo sus movimientos y direcciones, y se levanta todo un sistema de conocimientos físicos *sobre un punto, en el cual se halla una nube que a la vista aguda del ingenio no le fue dado penetrar*. Tales son las propias expresiones de M. Haüy. Hablando del sistema de Newton: y a la verdad, si alguna hipótesis hay de física que merezca ponerse en paralelo con todo el sistema de verdades morales, sin duda lo es aquella que abraza y explica el mundo de los movimientos, como la moral comprende y regla el mundo de las acciones: la cual debemos al poderoso talento que determinó las leyes y analizó los efectos de la luz, esta imagen sensible de la verdad.

Y a pesar de la *nube que se halla* sobre el mismo fundamento de la hipótesis de Newton, *sobre este punto que su ingenio* no pudo penetrar, no hay duda en que este filósofo y cuantos adoptaron sus opiniones han admitido con razón esta fuerza secreta, por cuyo medio han explicado todo el mecanismo celeste, y cuya existencia creyeron suficientemente justificada por el cálculo de los movimientos reales o aparentes de esos cuerpos inmensos, cuya masa, distancia y velocidad hasta a la imaginación espantan, y abrumarían al pensamiento, si el hombre precisado a acomodarse a los medios de investigación que él mismo inventó, no apelase a la razón del cálculo para que socorriese su propia razón.

A este modo pues la existencia de una causa primera, omnipotente, soberanamente inteligente, que todo lo ha hecho y ordenado en el mundo moral y en el material, que ha dado leyes a la sociedad de los hombres, como las estableció para la generación de los animales y la vegetación de las plantas; es también el punto fundamental de la ciencia moral. La imaginación, que todo lo quisiera figurar, hasta lo que sola la razón debe concebir *halla también sobre este punto una imagen*, que todos sus esfuerzos *no podrían penetrar*: pero este punto una vez supuesto da también la razón de todos los fenómenos del mundo moral; explica el hombre y su inteligencia, la sociedad y sus leyes, los pueblos y sus tradiciones; declara el inexplicable acuerdo de todas las sociedades, aun de las menos cultas, acerca de las leyes fundamentales del orden social, a pesar de la diversidad de tiempos, de lugares, de climas, de la variedad de sucesos y oposición de intereses y de costumbres. Explica esta idea universal de la Divinidad, expresada en todas las lenguas; esta disposición general a figurar la Divinidad que se halla en todos los pueblos; este sentimiento unánime de la Divinidad, manifestado por medio de una acción pública en todos los cultos: explica el pensamiento de todos los legisladores, que han hecho intervenir la Divinidad en las leyes que daban a los hombres: explica en fin la creencia inmemorial de todas las sociedades, que han invocado la Divinidad en los tratados más solemnes de las naciones, así como en los actos más ordinarios de la vida, y que la han mirado como el árbitro supremo de los sucesos, como el juez de las acciones humanas, y el poder vengador del crimen y remunerador de la virtud.

Esta uniformidad de pensamientos, de sentimientos, de creencias, de actos exteriores en medio de todas las revoluciones y a pesar de la ligereza de nuestros espíritus, de la movilidad de nuestros juicios y de la violencia de nuestras pasiones, es también un fenómeno, un hecho visible, tan cierto y tan constante como el curso de los astros y la sucesión de las estaciones.

La razón, conducida por la imaginación, admite la existencia de una gravitación invisible; con la cual explica los fenómenos del mundo material. ¿Por qué pues no quiere creer sin el auxilio de la imaginación la existencia de una causa inteligente, inaccesible en sí misma a nuestros sentidos, puesto que sola ella explica los fenómenos del mundo moral? Y cuenta que el problema de física general, resuelto por Descartes y Newton, lo fue de diversa manera por estos dos sabios; que no está tan rigurosamente demostrado no se pueda proponer otra hipótesis, y que la que ha prevalecido no es más hasta ahora que la hipótesis de un hombre y que apenas cuenta siglo y medio; en lugar de que el problema de la causa primera, semejante en algún modo a los problemas resueltos por el análisis, únicamente puede admitir dos soluciones; una *positiva*, por medio de la existencia de una inteligencia suprema, y a cuyo favor está la autoridad de todos los pueblos y de todos los siglos; la otra, *negativa*, por medio del movimiento fortuito y espontáneo de la materia eterna: opinión echada ya en lo antiguo a la ventura por algunos hombres sin ingenio y sin moral, y repugnante, así a la razón de los hombres más ilustrados como el buen juicio de todos los demás, y a todas las inducciones que se pueden sacar de la experiencia y la analogía.

No hay que buscar en otra parte sino en nosotros mismos la razón de la inconsecuencia de nuestros juicios. Nosotros juzgamos de la física con nuestra razón, y de la moral con nuestras pasiones. Admitimos sin dificultad opiniones que solo exigen de la facultad de pensar, esfuerzo para ser creídas; los turbillones de Descartes lo mismo que la atracción de su rival; el sistema de Ptolomeo lo propio que el de Copérnico. Y con igual obstinación resistimos a creencias que exigen algunos sacrificios de la facultad de gozar, y estamos dispuestos a combatir las verdades físicas más acreditadas si contrarían nuestras inclinaciones; como abrazamos las opiniones de moral más sospechosas si solo a nuestra razón repugnan. Y es que en el estudio de las verdades físicas el espíritu busca motivos para creer, y en el de las verdades morales el corazón, sin advertirlo nosotros, los busca para no creer, y con tal disposición siempre se hallan razones para admitir las unas y desechar las otras. He aquí lo que hace tantos entusiastas por los sistemas de física más nuevos y comúnmente los más extraños, y tantos incrédulos cuanto a las verdades morales más antiguas y autorizadas.

El escollo, en el cual tropieza la mayor parte de los que niegan la Providencia, es el desorden que creen descubrir en el mundo físico y sobre todo en el mundo moral, y

no aciertan a componer con la bondad y sabiduría del Criador. ¿Cómo, dicen estos; cómo conciliar los frecuentes trastornos de la naturaleza, los padecimientos del hombre, el triunfo del crimen, la opresión de la virtud, con esa providencia que todo lo puede, todo lo vigila, todo lo gobierna? Mas cuanto a lo primero, ya lo hemos dicho, no hay desorden en las leyes generales en que está afianzada la duración del mundo físico, pues el universo material no habría podido sino milagrosamente llegar hasta nosotros, si se hubiese turbado por un solo instante el orden que le conserva. Las irregularidades particulares, reales o aparentes, condiciones necesarias del orden general, y que nos parecen desórdenes solo porque desde el punto en que estamos situados no podemos considerar a un tiempo el conjunto de leyes generales de la conservación del mundo, no podrán trastornar el plan general de la creación, pues vemos por ejemplo madurar todos los años los frutos de la tierra más tarde o más temprano con las estaciones más opuestas; purificar las tempestades el aire; y la misma disolución de los cuerpos servir para la recomposición de nuevos seres, y de esta manera entrar en el plan general de la conservación de las especies. Aún son pocos los desórdenes locales que el hombre no pueda por medio de su industria prevenir o reparar; y el trabajo, sin el cual la humanidad nunca llegaría a un alto grado de civilización y de cultura; el trabajo, repito, esta deuda general, esta prestación de toda la vida, bajo de la cual el Criador enfeudó al género humano el suelo que cultiva y le alimenta, no tendría objeto, si el hombre no debiese incesantemente corregir la infertilidad local de la tierra, y dirigir hacia un fin útil su fertilidad espontánea, arrancando de ella con el sudor de su rostro las zarzas y las espinas, y remediar los males del trastorno de las estaciones, de la insalubridad del clima, y estragos de las aguas, y hasta la pérdida de los frágiles productos de su industria. Y si algunos territorios hay expuestos a ciertos males, cuyos efectos todos los esfuerzos del hombre, y aun de todos los medios del gobierno no pueden prevenir ni reparar, esto indica tal vez que un estado de sociedad más sencillo y más cercano a la naturaleza original, debería el hombre dejar para morada de las bestias tales tierras que devoran sus habitantes, y que por ventura el Criador no destinara para habitación de criaturas humanas. Pero al cabo, todos los males físicos, aun los más insoportables, se acaban a la muerte; la cual apresuramos con nuestras pasiones; a la muerte, cosa espantosa sin duda para la imaginación, pero en donde la razón, aun desprovista de las luces de la religión, más ve una necesidad que un mal, y que ella es la primera condición de toda existencia material. El desorden moral, el error y el crimen son propiamente el único desorden del universo; más aún este desorden es una consecuencia necesaria de la ley natural del libre albedrío, atributo esencial de la humanidad y aun el primer título de la dignidad del hombre. Porque ¿cómo aspirar al mérito de la virtud, si no tuviese la triste facultad de preferir el vicio, o si fuese naturalmente bueno como la piedra es pesada? Para justificar pues la sabiduría y la bondad del Criador, basta que haya puesto en el corazón del hombre el deseo general del bien, en su espíritu luces suficientes para conocerle, y en la sociedad eficaces auxilios para obrarle.

Un príncipe, que para paso de los viajeros a la capital hiciese abrir caminos al través de los bosques, construir calzadas sobre pantanos, y puentes sobre ríos, ¿sería responsable de la pérdida de los imprudentes, que despreciando los auxilios que se les daban preferiesen extraviarse por senderos impracticables, pasar a nado los ríos, o hundirse en los pantanos? Esta comparación puede también servir para darnos alguna luz acerca de la acción del libre albedrío con la voluntad de Dios: porque el príncipe quiso en este caso salvar a todos los súbditos, y hasta con una voluntad eficaz, procurando ellos cooperar por su parte, pues que esta voluntad le determinó a hacer grandes sacrificios para asegurarles la vida, y a este fin empleó medios absolutamente infalibles; pero él no debió, para estrecharles a ir por la ruta que les había franqueado, oprimir la libertad que cualquiera tiene de ir y venir por donde le acomoda; libertad que constituye la naturaleza del hombre y el estado de ciudadano; únicamente debió presentar a su inteligencia una razón más que suficiente para determinarse a elegir, y a su amor natural para consigo mismo los motivos de esperanza o de temor más poderosos: de manera que aun cuando se suponga hubiese previsto que algunos viajeros no se aprovecharían de su beneficencia, no podría emplear para obligarles a ello medios coactivos, sin trastornar el orden público y poner a todos los súbditos en un estado de esclavitud, incompatible con la naturaleza del hombre y con su constitución en sociedad. Puede observarse también en este ejemplo la necesidad de la cooperación del viajero con la voluntad del príncipe, y cómo este dirige la elección de aquel sin forzarle, y previene su voluntad sin hacerle violencia. Asimismo esta comparación es muy conforme al espíritu y aun a la letra de los libros santos; en los cuales se llama camino la vida del hombre, y no se da otro nombre a los designios de Dios y a la conducta de los hombres.

No de otro modo se conduce Dios para atraernos al sendero de la virtud y llevarnos felizmente al término de nuestra carrera. Ha querido sí que pelásemos con valor contra las malas pasiones para merecer de su bondad la corona de la victoria que tiene preparada para los que luchan con firmeza; pero no nos abandona en esta lucha, antes por el contrario ha puesto a nuestra disposición medios más que suficientes para triunfar de la rebeldía de nuestra voluntad; y esto sin contar con las gracias especiales de que nos habla la religión, por medio de las cuales disipa las tinieblas del espíritu y quebranta la dureza del corazón. El hombre sin embargo escucha las sugerencias de la pasión y desoye la voz del deber, abusando indignamente de su libertad para precipitarse en el abismo de la desgracia. ¿A quién hará cargos por su perdición? ¿Podrá culpar a Dios, que tamaños beneficios le ha dispensado y por tantos medios ha procurado su felicidad? ¿A Dios, que para traerle al buen camino le ha prometido abundante galardón, y para retraerle del mal sendero le amenaza con recio castigo? No por cierto: cúlpese a sí mismo por haber disipado los dones de su bienhechor; condene su locura por haber trocado por livianos placeres los goces permanentes de la virtud; acháquelo a su falta de cordura por haber mirado el negocio de más importancia como cosa baladí.

Y no solamente en la otra vida sino también en la presente castiga Dios muchas veces la injusticia, para darnos a conocer que no en balde ha impuesto sus leyes al hombre y a la sociedad. Sí: la ley de la expiación rige también en la tierra; que no se ha reservado el supremo Juez solamente para la eternidad la venganza de sus agravios y la defensa de los altos fueros de la justicia. En el mundo moral como en el mundo físico la reacción es igual y contraria a la acción; porque sabidos son estos proverbios de la eterna sabiduría: “El que a cuchillo mata, a cuchillo muere”; “la medida que usamos con los demás, esa misma se usará con vosotros”; el que se humilla será ensalzado, y el que se ensalza será humillado”.

El hombre voluptuoso que corre desalado en pos de los placeres es castigado muy pronto con acerbos dolores y crueles padecimientos, y encuentra en ellos una vejez temprana y una muerte prematura. El intrigante que trabaja en la oscuridad por perder al hombre justo se enreda casi siempre en los lazos que tendió a la inocencia. El ambicioso que codicia el palacio y el trono de los reyes suele perder su hogar doméstico y algunas veces sentarse en el asiento de los ajusticiados: el que no cabía en toda Europa hubo de contentarse con una roca solitaria en las aguas del Océano. En una palabra, si pudiéramos abrazar todos los acontecimientos del mundo moral, veríamos resplandecer la justicia divina aun en aquellos sucesos en que muchas veces la condenamos.

Para justificar plenamente la providencia divina en el orden moral, le hablaré a V. en la siguiente carta sobre la sanción completa que en la otra vida tienen las leyes morales; pues bien merece consideraciones particulares un asunto de tan alta trascendencia para la educación moral y religiosa de los niños. Disponga V. entretanto de su afectísimo servidor Q. B. S. M.

Jacinto Sarrasí

Bibliografía

- ARCHIVO GENERAL DE LA ADMINISTRACIÓN [AGA]. Expediente profesional de Jacinto Sarrasí y Colás, Sección de Educación y Ciencia. Legajo 4.313 y signatura: 1788-45.
- BLANCO CABEZA, Casto (1919): *Cartas y poesías inéditas de Gabriel y Galán*, Madrid, Sucesores de Hernando.
- BOLETÍN DE PRIMERA ENSEÑANZA (25 de julio de 1899): n° 21, Salamanca. “Necrológica de D. Jacinto Sarrasí Colás”, pp. 145-146.
- BIELSA ARBIOL, José Antonio (2012): “Un jurista calandino del siglo XIX. A propósito de Julián Pastor y Alvira”, *Kolenda*, n° 102, p. 12.
- CASAS Y SÁNCHEZ, Manuel (1913): *Elementos de Historia de la pedagogía*, Zaragoza, Tipografía de P. Carra.

- CASAS Y SÁNCHEZ, Manuel (23 de julio de 1927): “Literatura pedagógica turolense”, n° 737, *La Asociación. Revista de Primera Enseñanza*, Teruel, pp. 1-2.
- (4 de agosto de 1928): “Literatura pedagógica turolense. Don Jacinto Sarrasí y Colás”, *La Asociación. Revista de Primera Enseñanza* Teruel, n° 786, Teruel, pp. 1-4.
- CHICO, Martín (1922): *¡Maestro! Novela pedagógica*, Soria, Tipografía de Sucesor de F. Jedra.
- CHICO Y RELLO, Pedro (1971): *Gabriel y Galán maestro de escuela*, Madrid, Editorial Lemos.
- EZPELETA AGUILAR, Fermín (2010): *Miguel Vallés: entre pedagogía y didáctica*, Huesca, Museo Pedagógico de Aragón.
- GACETA DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA (15 de julio de 1899): n° 418, Madrid, “Necrológica de Jacinto Sarrasí”, p. 201.
- GALLEGO BARNÉS, Andrés (1990): *Los humanistas alcañizanos*, Teruel, Instituto de Estudios Turolenses.
- GASCÓN Y GUIMBAO, Domingo (1908): *Relación de escritores de la provincia de Teruel con indicaciones de sus nombres, lugar de nacimiento, siglos en que florecieron, apuntes biográficos, y materias que cada uno trató en sus obras*, Zaragoza, Mariano Escar.
- JAIME LORÉN, José María y José JAIME GÓMEZ (1994): “Julián López Catalán: Notable escritor y maestro”, *Xiloca*, 14, pp. 185-211.
- (1997): “Cayetano Ramo de San Juan Bautista (1713-1795): Superior general de los Escolapios y autor del conocidísimo catecismo de su nombre”, *Xiloca*, 19, pp. 111-126.
- JIMÉNEZ-LANDI, Antonio (1996): *La Institución Libre de Enseñanza y su ambiente: tomo III. Periodo escolar (1881-1907)*. Madrid. Editorial Complutense.
- LA ESCUELA MODERNA. REVISTA PEDAGÓGICA HISPANO-AMERICANA, César Eguílaz, (julio de 1899): “Necrología: D. Jacinto Sarrasí”, tomo XVII, n° 1, pp. 49-51; L. de G., (junio de 1900): “D. Jacinto Sarrasí”, año X, n° 111 de la col., pp. 477-479.
- LA UNIÓN. Periódico de primera Enseñanza (20 de julio de 1899): Teruel, Imp. La Concordia, Biblioteca Virtual de Prensa Histórica. “Necrológica de Jacinto Sarrasí”, p. 6.
- LISTA, Alberto (2007): *Ensayos*, Leonardo Romero Tobar (ed., introd. y notas), Sevilla, Fundación José Manuel Lara.
- MELCÓN, Julia (1992): *La formación del profesorado en España (1837-1914)*, Madrid, Ministerio de Educación y Ciencia.
- OTERO URTAZA, Eugenio (1994): *Manuel Bartolomé Cossío: trayectoria vital de un educador*, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes (CSIC).
- RINCÓN LAZCANO, José (enero, 1925): “Madrid y el poeta Gabriel y Galán”, *Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo del Ayuntamiento de Madrid*, año II, n° 5, pp. 165-173.

SARRASÍ Y COLÁS, Jacinto (1 de enero de 1849): “Necesidad de la educación moral y religiosa en las escuelas de instrucción primaria”, *Revista de Instrucción Primaria*, nº 1, Madrid, Establecimiento Tipográfico de M. Jiménez, 13-17. También en CASAS Y SÁNCHEZ, Manuel (4 de agosto de 1928): “Literatura pedagógica turolense. Don Jacinto Sarrasí y Colás”, *La Asociación*, Teruel, nº 786, Teruel, pp. 2-4.

- (15 de enero y 1 de febrero de 1849): “Cartas a un maestro sobre los principales puntos de la Religión y la Moral, I”, *Revista de Instrucción Primaria*, nº 2, 30-33; nº 3, pp. 59-65, Madrid, Establecimiento Tipográfico de M. Jiménez.
- (15 de marzo; 1 de julio; 15 de agosto y 1 de septiembre de 1849): “Cartas a un maestro sobre los principales puntos de la Religión y la Moral, II”, *Revista de Instrucción Primaria*, nº 6, 134-139; nº 13, 363-367; nº 16, 448-454 y nº 17, pp. 482-485, Madrid, Establecimiento Tipográfico de M. Jiménez.
- (15 de marzo; 1 de abril; 15 de mayo de 1849): “Aritmética. Método para resolver sin el auxilio de las proporciones los problemas que por este medio se resuelven de ordinario”; (1 de septiembre de 1849) “Aritmética. Sobre el múltiplo menor, aplicado a la reducción de los quebrados a un denominador común”; (15 y 31 de octubre de 1849) “Aritmética. Propiedades de los divisores y múltiplos de un número”, *Revista de Instrucción Primaria*, nº 6, pp. 143-146; nº 7, pp. 162-168; nº 10, pp. 265-268, nº 17, pp. 486-489, nº 20, pp. 591-596, nº 21, pp. 614-619, Madrid, Establecimiento Tipográfico de M. Jiménez.

SIMPOSIO DE ISIDORO DE ANTILLÓN Y MARZO, Teruel. *Revista del Instituto de Estudios Turolenses* (2014-2015): nº 95-96 (II).